

“LA HUMANIDAD SOLO SE PROPONE LAS TAREAS QUE PUEDE REALIZAR”
(Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*. Prólogo)

Presentaremos en forma de diálogo el análisis de la frase de Marx “La humanidad solo se propone las tareas que puede realizar”. Los interlocutores son dos antiguos camaradas, Iván y Myshkin, que se refieren a dos acontecimientos que marcaron el siglo XX: la Revolución de octubre al comienzo y la crisis del *socialismo real* al final.

Iván: Permíteme ante todo, hacer un alcance formal sobre esta frase: no afirma algo verificable empíricamente, y no hay cómo saber si la tarea en cuestión es un objetivo de “la humanidad”, porque son hombres y mujeres o grupos concretos, quienes se proponen tareas. Es, pues, una afirmación vacía; yo diría que “la humanidad no se propone tareas”, o bien que la humanidad concibe siempre objetivos deseables. ¿No sería preferible definir bien la tarea y luego preguntarse si es o no realizable?

Myshkin: cuando el sujeto de una tarea es *la humanidad*, lo que se quiere decir es que hay ciertos objetivos o metas ético-políticas, que no pueden razonablemente negarse.

La frase que comentamos no tiene nada que ver, en todo caso, con el llamado *realismo modal*, una filosofía que sostiene que todos los mundos posibles son tan reales como el actual. Marx hace esa afirmación a propósito del tránsito a una sociedad socialista. El pasaje completo dice así: “las relaciones de producción no se sustituyen jamás antes de que las condiciones materiales de existencia de esas relaciones hayan sido incubadas en el seno de la vieja sociedad. Por eso la humanidad solo se propone las tareas que puede realizar”. La cuestión que se nos plantea ahora es: ¿hasta qué punto la crisis de los “socialismos reales” es una experiencia crucial del socialismo y contradice esa afirmación.

Iván: No alcancé a señalar el segundo reparo que me sugiere la frase, y es un equívoco de base. Se lo atribuyo a Hegel; consiste en hacer extensiva la idea de progreso a la historia. En efecto, ciertos objetivos técnicos que parecían imposibles, se cumplieron. Leonardo, por ejemplo, diseñó máquinas voladoras, submarinos y cañones de repetición; Napoleón pensó que era posible conectar Francia con Inglaterra por tierra y así por el estilo. Pero el feudalismo o el capitalismo no son obra de un sujeto determinado, no son inventos o “diseños”. Si “las condiciones materiales ya se han incubado en la vieja sociedad”,

bastaría aguardar que maduraran esas condiciones, la intervención humana estaría de sobra; la acción solo vendría a officiar de partera, cuando lo nuevo estuviera maduro, listo a nacer.

Myshkin: No es así, sin duda, y toda la discusión anterior a la Revolución de octubre, respecto a la posibilidad del socialismo en un solo país, se basaba en ese dilema, pero esa discusión quedó zanjada desde entonces: la política, la acción humana, es decisiva en el parto de la nueva sociedad. Después de la crisis del socialismo en la URSS y en China, han continuado los intentos de realizar el socialismo, aun en países relativamente pequeños. Eso muestra que la crisis no fue terminal, pero no veo qué tiene que ver todo esto con Hegel.

Iván: A eso iba, justamente; tiene mucho que ver, pero antes quisiera puntualizar que el hecho de que algunos países pequeños continúen empeñados en construir el socialismo, no significa ningún avance respecto a la experiencia en los grandes, a menos que se considere a esos países como modelos para la humanidad.

En lo que toca a Hegel, la cuestión es la siguiente: a comienzos del siglo XIX, Hegel pensó que con la Reforma y la Revolución francesa su propia época había llevado a cabo el objetivo fundamental del espíritu en el mundo: la realización de la libertad y su autoconocimiento. La modernidad habría coronado un proceso de emancipación del espíritu iniciado en el mundo antiguo con el cristianismo, pero éste no llegó a pensar políticamente la libertad, o sea, realizada en los principios del derecho y en el Estado. La *polis* moderna extendió el reconocimiento del principio libertario a los *ciudadanos* todos; esto puede considerarse un progreso, sin duda, pero Hegel pensaba retrospectivamente la historia, como la preparatoria del presente, no como tiempo proyectivo: no hay política hegeliana. Es Marx quien da el salto a la política, porque piensa en la realización efectiva de la idea. Creo que la afirmación que comentamos supone este mismo salto.

Myshkin: Pero Kant suscita el mismo problema, y a propósito de la Revolución francesa, justamente, a pesar de que tampoco hay política kantiana. En su ensayo *Idea de una historia universal en óptica cosmopolita*, Kant afirma que la “humanidad no podrá olvidar jamás” ese acontecimiento; quiere decir: la Revolución puso una meta, aunque fracasase, fijó el rumbo y otros tomarán el relevo. Para Kant, representa la asociación de la sensibilidad y el concepto, o la introducción de normas de razón en lo real. Hegel dirá que “concilió el cielo con la tierra”. Habría, según eso, objetivos irrenunciables, hitos ético-

políticos indelebiles, en cierto modo, inmortales. La prohibición del canibalismo, por ejemplo, o la abolición de la esclavitud, son normas de este tipo, el mismo reconocimiento de los derechos humanos, es compartido universalmente. No sé si agregar la democracia. Francamente, no lo sé; una democracia solo procedimental es insuficiente; rechazo, eso sí, las dictaduras; violentan eso que se llamaba “la naturaleza humana” y ahora llamamos “derechos fundamentales”. Así entiendo “las tareas de la humanidad”; octubre de 1917 pertenece al mismo ciclo histórico que se inició en 1789, y es el intento de completar ese periplo y remediar su “fracaso”.

Iván: Dudo que Marx sea hegeliano hasta ese extremo. Él estima que Hegel no llegó a advertir el “fracaso” de la revolución republicana, porque pensaba que los principios o ideales constituían ya un logro; aunque aún no llegaran a realizarse, terminarían imponiéndose. Marx pretende enmendar esta “ilusión idealista” cuando atribuye a las relaciones de producción el poder transformador que Hegel atribuía a las ideas. Cuando él habla de “la humanidad” y de “tareas de la humanidad”, me parece que le está pensando ese “espíritu” universal de Hegel, que no es de *alguien* determinado, es de *nadie*. Insisto, pues, en la vacuidad de la afirmación. ¿Por qué no podría la humanidad desear metas imposibles? El psicoanálisis nos enseña algo respecto de los sueños, que vale también para los mitos y las utopías: son “proyecciones desiderativas”, expresan deseos profundos.

Myshkin: Puedo conceder que yo también soy hegeliano en cierto aspecto, incluso platónico: rechazo la idea de un fracaso de la humanidad; pienso que el hecho de concebir ciertos principios, es un signo que no son puras quimeras y están presentes, actuantes, de algún modo, en la realidad. Los mismos principios republicanos, a pesar de todo, no cayeron al vacío. La Revolución bolchevique, a igual título que la Revolución republicana, puede considerarse una “causa de la humanidad”, precisamente porque intentaba hacer realidad las promesas incumplidas de esta última.

Iván: Bueno, pero supones, entonces, que la Revolución de octubre ha de entenderse desde Platón. No podemos permanecer solo en las ideas; lo que Marx llamó el “reino de la libertad”, o sea la sociedad sin miseria y sin Estado, suena muy bien, pero ha corrido mucha sangre bajo los puentes desde entonces. Es indispensable referirse a la historia política y a los intentos de construir el socialismo. En la URSS, se recurrió al marxismo como idea legitimadora, y según Marx, el tránsito a una nueva sociedad es análogo a la germinación o

al crecimiento: el porvenir está en embrión en el presente y no es pura “idea”. La frase que comentamos es performativa: induce a creer que ciertas metas son alcanzables por el solo hecho que algunos o muchos se las propongan o tan solo las conciban. La conciencia, sin embargo, no solo *refleja* realidades actuales o posibles, puede “reflejar” deseos y pulsiones, es decir, concebir metas imposibles.

Myshkin: Ese predicamento parece condenarnos al conformismo, a la aceptación de lo que es tal como es. Los posibles humanos no están definidos de antemano; la política, justamente, en su acepción más elevada, es la acción que extiende el campo de lo posible: sin la imaginación productora, estaríamos siempre condenados a la tiranía de lo mismo.

Iván: Entre la “tiranía de lo mismo” y la tiranía de lo diferente, no me quedo con ninguna de las dos. Insisto, que es indispensable diferenciar lo posible de lo imposible, en condiciones definidas y dadas ciertas premisas, también acotadas. En la literatura de ficción, se puede dar rienda suelta a la imaginación, pero la política no es un género literario, aunque a veces se aproxima mucho a las novelas de terror.

Myshkin: Pero ¿quién pone las premisas? ¿Quién determina los posibles?

Iván: Por de pronto, no hay un solo modelo de cambio de sistema: el capitalismo, admitámoslo, sustituyó al feudalismo por su mayor capacidad productiva, pero el capitalismo no representa un límite al “desarrollo de las fuerzas productivas”; al contrario, su lado más fuerte y a la vez el más peligroso es ese: su potencial productivo amenaza los equilibrios físicos del mundo. En el siglo XIX, se suponía que el crecimiento era infinito, pero en un mundo finito, es imposible un crecimiento infinito. A nadie se le ocurre pensar hoy —o a muy pocos—, que el socialismo es bueno, como solía decirse, para “quemar las etapas del desarrollo”. Para la ortodoxia, eso era una herejía: el socialismo no viene a remediar una limitación productiva; se supone que eso ya está resuelto y es posible abocarse a tareas más elevadas. Pero el intento de remediar los males del capitalismo, sin suficiente “desarrollo productivo”, es la vía muerta de la historia que conocemos.

Myshkin: Cambiemos el referente y, en lugar del socialismo y la Revolución bolchevique, volvamos al ejemplo de la Revolución republicana. La idea de extender la libertad a todos los ciudadanos y reconocer la igualdad jurídica, no puede descartarse porque la Revolución en Francia desembocara en la Dictadura y el Terror. A fin de cuentas, logró derrotar el absolutismo, abolir los privilegios del antiguo régimen y echar las bases de

la república. Dejó pendientes otros de sus objetivos, pero no significa que sean irrealizables. Pienso que el propósito de superar las “contradicciones fundamentales” del capitalismo, es una idea de ese mismo rango. Una política que se propone objetivos universales, es una “causa de la humanidad”; y preparar una sociedad de relaciones sociales más justas y equitativas, es una causa de ese tipo. Comparto pues, la afirmación comentada.

Iván: ¡Momento! Unas “relaciones sociales más justas y equitativas”, no es una meta exclusiva del socialismo, es un objetivo *transversal*. Pero abolir las clases y con ello el Estado, no es un propósito equivalente a los principios republicanos; al contrario, en las sociedades complejas que conocemos, es un objetivo imposible y no se necesitaba pasar por el estalinismo para averiguarlo. La separación de los poderes, la igualdad jurídica, las libertades civiles, la alternancia en el poder, etc., son objetivos minimalistas, sin duda, pero pueden servir de faros a cualquier régimen de libertades. Son compatibles con las relaciones de producción existentes, en cambio, son incompatibles con su abolición. Los últimos cien años, desde 1917, lo han confirmado hasta la saciedad.

Myshkin: No dudo que la igualdad sea un objetivo republicano y liberal o, como dices, “transversal”, solo afirmo que el capitalismo no lo es.

Iván: Marx no era lo que se llama un “igualitarista”; no significa que fuera partidario de la desigualdad. La diferencia entre el sueldo medio de un funcionario de la nomenklatura en la URSS de Stalin y el salario de un obrero, era de cincuenta a uno, mucho mayor que en Gran Bretaña, por ejemplo. Por lo demás, Marx consideraba los principios republicanos como armas estratégicas, ardides, y se mofaba de ellos: “libertad, igualdad, fraternidad= infantería, artillería, caballería”. Solo la fraternidad sería equivalente a la idea de una sociedad sin Estado, con la diferencia que nadie se le ocurre imponer una dictadura con el pretexto de construir una sociedad más fraterna. El liberalismo siempre fue enemigo del Estado, pero no pretende suprimirlo, a lo más, minimizarlo; su antropología reconoce el egoísmo del “hombre económico” y ha resultado menos embustera que la del *hombre nuevo*.

Myshkin: El capitalismo ha mostrado una resiliencia que nadie imaginó, ni siquiera Marx, a pesar de su admiración declarada por su capacidad transformadora. El cambio de sistema económico-social, no es inminente, como pareció hasta el siglo pasado: eso lo tengo claro; como dice Giorgio Ruffolo, hoy “el capitalismo tiene los siglos contados”. Sin

embargo, la crisis de representación en las democracias –y su descomposición-, no augura un mundo más estable ni más seguro. Al concluir la Guerra Fría, se produjo una situación inédita: todos los imperios anteriores coexistieron con otros y se impusieron sobre sus "bárbaros", los "infieles" o simplemente sus "enemigos". La crisis del "socialismo real" dejó un mundo unipolar y una sola ideología dominante. El gobierno de un solo mega Estado, es lo más peligroso y lleva a la peor de las tiranías: lo advirtió ya Kant. Me parece que el neoliberalismo se ha ido convirtiendo en la ideología universalista con que soñaban los totalitarismos del siglo XX y la democracia le sirve de disfraz. Es eso lo que me lleva a preferir la gradualidad de la social democracia, que ofrece al menos la posibilidad de una salida.

Iván: Bien, pero eso cambia por completo las coordenadas de la discusión. El cuadro que pintas de un mundo unipolar, no corresponde ya al mundo actual: hasta Corea del Norte desafía al Imperio. La deriva hacia la social democracia es loable, pero también apunta en otra dirección. El bolchevismo no tenía nada de social demócrata y Marx combatió ferozmente a la social democracia alemana, quizá presentía en ella su mayor enemigo. En cambio, leía con pasión a los liberales. La verdadera cuestión para él, era saber cómo funciona la sociedad. Los economistas liberales, en lugar del lenguaje de la teoría normativa, que habla de derechos, de ciudadanía, de leyes y libertades, hablan de competencia, de monopolio, de "libertad negativa" y no temen hablar de egoísmo. La "terrenalidad del pensamiento", que Marx celebra en las *Tesis*, se refiere, precisamente, a la capacidad de las ideas de plasmarse en el mundo. Para eso es preciso aproximarse a la lógica de los agentes productivos, tomar en cuenta sus motivaciones, y no pensar solo en términos de ideales normativos.

Myshkin: Pero ese empirismo metodológico en la práctica conduce a una doctrina bien conocida cuyo lema supremo es: "amoldarse a las realidades".

Iván: Bueno, es el método que anuncia Marx en el Prólogo mismo de *El capital*. Lo que planteas sobre el mundo de la post Guerra Fría, entra en el terreno de la crítica al capitalismo, un terreno en el que Marx es muy fuerte. Su *Crítica de la Economía Política* me parece literalmente *demoledora*. Pero, una vez consumada la demolición, ¿qué sigue? Un cambio que sacrifica más que lo que aporta, no vale la pena. La democracia, con todos sus vicios, posee dispositivos de enmienda y no se arroga ningún mesianismo.

Myshkin: Dejemos por el momento en paz a Marx y el discurso marxista, que nos pone un prisma ideológico demasiado grueso. El fin de la Guerra Fría...

Iván: ¡Excúsame! No es posible en esto prescindir de Marx. El *socialismo real* en la URSS, invocó el marxismo como idea legitimadora, por eso al analizar la historia política, es preciso remitirse a él. Nunca antes un pensamiento llegó a adquirir una presencia y gravitación tan decisiva en un Estado. La idea de que el socialismo responde a una ley histórica y que necesariamente debía extenderse mundialmente, es el corazón de la Guerra Fría. Produjo un imaginario de Guerra Fría dentro del cual aún nos debatimos.

Sin esos referentes -de una ley histórica y una formación económico-social alternativa, la promesa del “Reino de la libertad” -la sociedad sin clases, sin miseria y sin Estado, no es más que una variante del “Reino de los cielos”, y lo que quedaría del marxismo, es la cocina fúnebre de una escolástica. El neoliberalismo se ha convertido en el enemigo sustituto: en vista que al verdadero no se le puede derrotar, se inventa uno más vulnerable. Lenin o Stalin no pretendían “corregir el modelo” (neoliberal) ni construir un capitalismo con rostro humano, querían abolirlo. Los “movimientos sociales” inducen políticas públicas necesarias, pero difícilmente se articulan y no ponen en jaque el sistema. Al contrario, lo suponen en la medida que requieren de su capacidad productiva. No diré que el socialismo termina cuando se acaba el dinero de los otros”, pero la esterilidad de las burguesías estatales es un dato de la causa: son la “clase” normativa por excelencia.

Myshkin: La cita de Thatcher que acabas de hacer, es una caricatura. Hablamos del país que fue capaz de destruir la maquinaria de guerra nazi, que se ha puesto entre las mayores potencias industriales y tecnológicas del mundo, que puso en órbita al primer astronauta. Nada de eso se logró “con el dinero de los otros”; no perdamos el sentido de las proporciones.

Iván: Bien! Pero permíteme recordar que esos logros no fueron obra de la burguesía estatal, y que el “productivismo” era rechazado y demonizado mientras el socialismo estuvo de veras vivo. Por otra parte, la versión marxista estándar, suponía la imposibilidad de alterar las “relaciones de clase”, sin instaurar un *estado de excepción*, pero, una vez realizados ciertos objetivos, el Estado debía desaparecer, evaporarse (*verschwinden*) Ningún Estado posee esa capacidad, claro está; al contrario, lejos de desvanecerse, el Estado crea él mismo una nueva “clase” que lo sostiene. El momento de *extinción del*

Estado corresponde al de la “abolición de las clases”, en la utopía. Por una ironía de la historia, el Estado que debía realizar el tránsito al comunismo, realiza el tránsito al capitalismo, sin “lucha de clases” y sin el trauma de la “acumulación primitiva”. ¿Cómo fue posible este milagro? Por una especie de partenogénesis indolora: la mayoría de “los capitalistas que surgieron eran miembros de la antigua *nomenklatura*, que privatizó las compañías que alguna vez dirigieron” “Los ex comunistas constituyen, en primer lugar, el partido del gran capital” (Zizek) Los nuevos miembros de este “partido” se diferencian de la antigua “clase moribunda” como la calificaba Stalin, en que abandonan el papel de representantes del “proletariado” y se incorporan al “partido del gran capital” con un simple cambio de disfraz. No pierdo, pues, las proporciones; reitero: las burguesías estatales no son creadoras, son una “clase” normativa, discutidora.

Myshkin: Bueno, olvidé lo que iba decirte; pero a raíz del proyectil que acabas de lanzar, diré dos cosas; la primera: el hecho de que un sindicato obrero se alzara contra el “Estado proletario” en Polonia, ya daba la pauta. Lo que vino después, fue en cierto modo la confirmación de que la construcción del socialismo derivó en la formación de un nuevo capitalismo de Estado y de una nueva “clase” burocrática que, de la boca para afuera decía una cosa y luego hacía lo contrario. Para ellos, el marxismo era su buena conciencia, su “pundonor espiritual”.

Lo segundo, es la cuestión sobre si esta reconversión y los avances del liberalismo en Europa del Este en general, constituyen una experiencia crucial y son -“el último clavo en el sarcófago del marxismo-leninismo”-, como dice Fukuyama, o solo un traspie, pero no su sepultación definitiva. No soy sinólogo, pero entiendo que China no ha renunciado por completo al socialismo.

Iván: Tampoco soy sinólogo, pero me llama la atención, como a cualquiera, la paradoja que China se haya convertido en un baluarte del libre mercado en el mundo. Ha instaurado un capitalismo que crece tres veces más rápido que el resto del mundo, y está lejos de ser una democracia liberal. Pero China nos sorprende también porque fue escenario de la más audaz tentativa de realizar una revolución comunista en un Estado socialista, y ese intento de Mao produjo el efecto exactamente inverso: abrió la China a una expansión frenética del capital, privándola al mismo tiempo, del discreto encanto de la “democracia burguesa”.

Myshkin: Es cierto, y nada de eso fue obra del azar. Dudo que eso pueda atribuirse al socialismo en un solo país; de hecho a esas alturas, eran dos gigantes, equivalentes a la mitad del mundo. No deja de llamar la atención, por otra parte, que un régimen político se auto-proclame “transitorio”, porque todos lo son; para declararlo, tiene que haber algún motivo especial. Las dictaduras militares de América del Sur, recordemos, se decían “transitorias”, pero no porque pretendieran ser un “tránsito” a algo mejor, se llamaban así porque no pretendían reivindicar una legitimación alternativa. Por eso se las llama “regímenes de facto”.

Iván: ¿Quieres decir que el régimen imperante en China es también “de facto” y transitorio?

Myshkin: Mi respuesta, transitoria, es: no lo sé. Lo que quiero señalar es que solo el imaginario marxista procura una legitimación de la dictadura: como estadio provisorio o preparatorio de una formación social superior. Una legitimación liberal de la dictadura, sería una contradicción en los términos, como un fuego húmedo. Pero no significa que la dictadura y el capitalismo sean incompatibles; el nazismo, por ejemplo, reorientó el mercado hacia la industria de guerra, pero no lo suprimió. Las dictaduras militares de Sudamérica, no tuvieron dificultad en combinar dictadura y mercado. China, sin duda, es el caso más llamativo, pero no el único. Es necesario distinguir entre gobiernos autoritarios y dictaduras, incluso diferenciar tipos de dictadores: Hitler no sería Hitler si Alemania hubiera ganado la guerra...

Iván: ...y Stalin no sería Stalin si la hubiera perdido. Pero la ganó y nunca llegará a ser un Hitler, aunque en algunos aspectos, fue peor.

Myshkin: La pregunta con que quisiera cerrar estas reflexiones es, justamente, la planteada antes: el hecho de malograrse un propósito de significación universal, no es conclusivo: la humanidad no puede fracasar. Afirmar esto es mi modo de bendecir la vida; suscribo pues, a pesar de todo, que la humanidad solo se propone tareas que puede resolver”. La esperanza no es solo una virtud teologal, es un postulado de la razón práctica.

Iván: Bueno, respeto tus convicciones, pero no es lo que yo concluiría. Reitero lo dicho al comienzo: no hay cómo verificar si las tareas son de “la humanidad”, solo de algunos o bien solo deseos. Si se trata de la superación del capitalismo, es preciso ir más allá de su destrucción; anular o arruinar un sistema productivo no es tan difícil, y solo vale

la pena si la alternativa es mejor. El “socialismo real” no solo incumplió lo que prometía sino que perpetuó formas de gobierno dictatoriales en las sociedades donde se impuso. El estalinismo no es un invento de Stalin: se replica en formas atenuadas en cada nuevo intento de construir el socialismo. No me extraña que el desenlace de los socialismos haya sido una suerte de retorno del “modo de producción” reprimido, bajo Estados semi-dictatoriales. Una sociedad sin Estado, sin clases y sin miseria es como un sistema de ecuaciones que tiene más incógnitas que fórmulas para despejarlas. La convicción de Marx, de que el socialismo no sería posible en un solo país, tal vez traduce una duda respecto a que sea una tarea realizable. Si todas las naciones hubieran llegado al socialismo, ya no se plantearían cuestiones como las que hemos discutido, pues, al menos esa tarea estaría cumplida. Pero una comunidad mundial socialista significaría la efectiva unipolaridad y la desaparición de toda oposición. La dictadura sería global y muy remota la posibilidad de una salida. Insisto, pues, que las tareas en cuestión son solo las ideas que rondan en la cabeza del filósofo y “la humanidad” en esa frase es el sustituto del espíritu hegeliano.

Marcos García de la Huerta